

MÉTODOS HABITUALES PARA «CONTROLAR» LA ASISTENCIA ESCOLAR

Esperamos que numerosos lectores de esta REVISTA encuentren en las páginas que siguen varias observaciones que les afectarán personalmente, ya que la tendencia de vigilar si los alumnos asisten a cada una de las clases que se explican durante el curso escolar, parece inexorablemente unida a la vocación docente. Y lo más notable de este instinto o impulso primario de quienes se dedican a la enseñanza es que, según veremos, muchas veces se encuentra más firme y arraigado en aquellos que menos lo exteriorizan a lo largo de su actuación como profesores.

En algunos casos, esa natural tendencia de medir el aprecio que hacen los alumnos, de las cualidades pedagógicas de quien explica y de la verdadera importancia de aquel sector del saber en que éste se ha especializado, adopta la forma más vaga y confusa que cabe, limitándose a una apreciación general y aproximada del número de bancos de las aulas que aparecen ocupados y de la actitud que adoptan los oyentes. A estos pedagogos la lectura del presente artículo podrá mostrarles alguna forma práctica de utilizar los datos concretos de asistencia a clase como instrumento auxiliar—más o menos eficaz, según diversas circunstancias—para calificar con justicia y sin gran esfuerzo el aprovechamiento de los alumnos.

En otros casos, por el contrario, se lleva la comprobación de asistencias en forma inexorable y rigurosa, pasándose lista todos los días a cada uno de los estudiantes matriculados. A quienes mantengan este criterio vamos a demostrar que los resultados prácticos a que puede llegarse con esta vigilancia de las asistencias, podrán conseguirse pasando lista en un número más reducido de ocasiones y, sobre todo, empleando mucho menos tiempo en anotar los datos. Nos atreveríamos a afirmar que en gran parte de los Centros de Enseñanza españoles, la novena parte del tiempo de-

dicado a las tareas escolares se pierde por malos métodos en la rutinaria operación de pasar lista ; esto significa que, con una mejora de procedimientos en esta tarea elemental, podría conseguirse que los cursos que ahora requieren nueve meses pudieran explicarse en ocho, quedando ese tiempo libre para profesores y discípulos o más bien, dando lugar para explicar más completamente los programas y cuidar de la formación general del alumno.

Las observaciones que aquí exponremos han sido recopiladas principalmente a través de doce años de asistencia a la Universidad, muy en particular al hacerlo en calidad de Ayudante de Clases Prácticas. Pero exponremos las ideas encuadrando estos datos obtenidos de la realidad en esquemas generales, que podrán aplicarse directamente a cualquier Centro de Enseñanza Media e incluso a los de Enseñanza Elemental. Como tendencia creemos observar que, en las Facultades de la Universidad, se comprueba menos la asistencia que en las Escuelas Especiales ; que en los Centros de Estudios Superiores se insiste menos en la asistencia que en los de Enseñanza Media o Elemental, y que, en todos ellos, se vigila más la asistencia a las clases prácticas que a las lecciones de cátedra.

Pero vamos a prescindir de estas generalizaciones sobre la realidad española, partiendo del supuesto de que cada Catedrático, Ayudante o simple Maestro de escuela que decida sobre el régimen de vigilancia de las asistencias en cada asignatura, han fijado con acierto el grado de exactitud y rigor con que conviene comprobar la presencia o ausencia de los alumnos en las diversas clases que se explican. Prescindimos de criterios de «tradiciones académicas» y de razonamientos en pro o en contra de cualquier dictamen sobre esta materia ; respetaremos y daremos por buenas todas las normas concretas que existan en el caso particular de cada asignatura y profesor.

Muy distinto es, sin embargo, afirmar que todos estos catedráticos llevan a la práctica ese criterio que hayan establecido para comprobar las asistencias, en la forma más indicada para alcanzar esa exactitud que pretenden en la vigilancia y para hacerlo con el menor tiempo y esfuerzo posibles.

Son muchos los profesores que se quejan de que pueden dedi-

car muy poco tiempo a investigar o a preparar y poner al día sus explicaciones y, sin embargo, considerarán una minuciosidad ridícula—exagerada e indigna de un espíritu serio—cualquier actividad destinada a obtener métodos que les permiten obtener ese tiempo libre que tanto echan de menos. Esos espíritus «tan elevados y magnánimos» prefieren emplear (por vulgar rutina) una parte considerable de su tiempo en realizar la misma tarea que miles de sargentos en los cuarteles o miles de «disteros» en las fábricas, y es lamentable que personas de un alto nivel intelectual no presten atención a estas sencillas nociones, que tanto tiempo disponible pueden dejarles sin reducir—o aumentando incluso—su eficacia en la función docente.

Muchos de nuestros intelectuales parecen ignorar que, para hacer más agradables, más rápidas y más efectivas las tareas materiales de «cómprobar y registrar por escrito la asistencia de determinadas personas a determinado local de trabajo en una cierta ocasión», existen soluciones muy interesantes aportadas por la «organización científica del trabajo». Teniendo en cuenta la escasa difusión de dichos conocimientos, no tendría sentido el entrar en detalles sobre los «estudios de tiempos y movimientos» que, con cronómetros o cámaras cinematográficas, pudieran realizarse; vamos a limitarnos a exponer los aspectos más importantes de una organización racional del trabajo dedicado a la comprobación y vigilancia de las asistencias, en lenguaje corriente y que permita su máxima difusión. Porque estas sencillas normas podrían, en el caso de que fueran adoptadas por todos los que ejercen la enseñanza, significar un ahorro de varios millares de horas al año que se emplean en trabajo inútil y, a la larga, pesan notablemente como un lastre para el desarrollo económico y cultural del país.

Por todo lo dicho se comprende que ensayaremos de hacer una exposición «neutral» o «avalorativa» respecto a la estimación que merezca el fin o fines que pueden alcanzarse con una comprobación rigurosa y exacta de la asistencia o no asistencia de los alumnos a las aulas; pero es muy posible que, al conocer más a fondo estos propósitos que pueden perseguirse con la operación de pasar lista o la intensidad con que de hecho cabe conseguir alguno de estos objetivos escogidos, algún lector modifique su valoración de la bondad y oportunidad de perseguir con tales métodos dichos fines

e incluso llegue a cambiar su apreciación y estimación de los mismos.

MÉTODOS PARA COMPROBAR, EN CADA UNA DE LAS CLASES DEL CURSO,
LA ASISTENCIA DE CADA UNO DE LOS ALUMNOS

No hemos de pensar que en las clases poco numerosas, cuando no alcanza la cifra de treinta el número de alumnos matriculados, hay pocas posibilidades de disminuir, gracias a una mejora de métodos, el tiempo o el esfuerzo empleados en pasar lista para comprobar las asistencias. Sin embargo, por el propósito de no entrar en estudios especializados de Organización Científica, es cierto que tendremos que decir mucho menos en estos casos que en los de clases muy numerosas. Desde luego lo que conviene dejar claro es que, ni aun en estos casos, conviene fiarse de la memoria únicamente cuando, a fin de curso, se valore la asistencia de los alumnos; hay tendencia a recordar a los que se distinguieron por alguna singularidad muy ajena a su asiduidad, tal como la altura o el aspecto externo, su importunidad al hacer preguntas o incluso su falta de disciplina, resultando paradójicamente que son más favorecidos los que peor conducta han manifestado.

En algunas ocasiones se acostumbra, por tradición académica, a asignar desde principio de curso un asiento fijo para cada alumno; basta en estos casos llevar un plano de la distribución de los alumnos en los asientos para pasar lista de los asistentes en muy pocos segundos y con seguridad de no equivocarse.

El método de confeccionar listas de los alumnos por orden alfabético es más útil que su simple enumeración por orden de matrícula. En estas clases con menos de treinta estudiantes matriculados, el breve tiempo que se emplea en pasar lista puede servir para repasar mentalmente el grado de aprovechamiento de cada uno y decir a quién conviene preguntar, aparte de que, por saber los estudiantes cuáles son los apellidos que les preceden en la enumeración, pueden descansar atendiendo a diversos asuntos en la mayor parte del tiempo que se emplea para pasar lista.

No hemos de decir que, en clases con una matrícula que oscile entre treinta y sesenta matriculados, el sistema de «la buena me-

moria del profesor» que prescinde de toda anotación, conduce a las mayores injusticias y arbitrariedades. El método de los «puestos fijos» resulta artificial, y no es difícil que se produzcan errores e incluso que asistan estudiantes no matriculados en esa asignatura y que favorecen así a algún amigo.

En cambio, hemos de consignar la experiencia de cierto profesor de Universidad que lograba pasar lista completa de una clase muy numerosa en muy poco tiempo por el método de dar a cada alumno, al iniciarse el curso, un número que debía aprenderse de memoria o llevar apuntado y que nada tenía que ver con el asiento que ocupase en cada clase; al entrar en clase y antes de comenzar la explicación, los alumnos de los diversos bancos iban diciendo su número en alta voz, que instantáneamente y sin esfuerzo, era localizado por el profesor en la hoja en que quedaban registradas todas las asistencias de las diversas clases del curso. El hecho de que es más rápido para pronunciar y ser localizado en un papel un número ordinal que un nombre y apellido, ha sido reconocido hace tiempo por los estudios de organización científica del trabajo, siendo tradicionales las designaciones por números de asistencia de los obreros que son vigilados por el «listero» de un taller; claro está que, en la enseñanza, no cabe aplicar los sistemas de relojes registradores que han sustituido en las grandes empresas a las «firmas» o las listas por número de asistencia, ya que basta saber si se asistió o no se asistió a clase, dado que es raro que se permita entrar y salir del aula una vez iniciada la explicación. Este método del «número de asistencia» se hace poco simpático a los universitarios, y, además, sólo tiene aplicación cuando las clases sean diarias o muy frecuentes, ya que los alumnos fácilmente olvidan el número que les corresponde mientras, repetirlo, no constituya un hábito y costumbre ininterrumpida.

Otro método en estas clases en que el número de alumnos oscila entre treinta y sesenta es el de la recogida de papeletas. Tiene la ventaja de su gran rapidez, pero son varios los inconvenientes que presenta. Una de estas dificultades, es la de que las papeletas suelen ser realizadas en tamaños muy diferentes, lo cual no siempre se evita, aunque se insista en la uniformidad de tamaños; cuando se han hecho ejercicios escritos—ya sea para comprobar lo que han estudiado o bien sean comentarios o encuestas destinados a son-

dear la opinión y fomentar el enfoque personal de los problemas—, se comprende que, exigiendo que encabecen el escrito con los apellidos y el nombre destacados en forma visible, se obtienen «papeletas» de tamaño uniforme, aunque de no fácil manejo por sus grandes dimensiones.

Existe también el inconveniente de la mala letra de algunos alumnos, especialmente si se limitan a escribir su firma y rúbrica; puede disminuirse este inconveniente exigiendo que escriban el nombre en letras mayúsculas o «de imprenta», pero lo que se gana en comodidad se pierde en seguridad, dado que no suele ser posible identificar la personalidad de cada uno. Porque, a poca que sea la confusión y al menor descuido de los Ayudantes, no falta quien presente varias papeletas con distintos nombres, tanto por el placer de engañar al Ayudante como por el de favorecer a determinado compañero; estos engaños pueden evitarse haciendo salir a los alumnos del aula por el mismo orden en que están sentados y, sobre todo, contando en alta voz (antes de recoger las papeletas) cuál es el número total de asistentes; el hecho de saber que el Ayudante prevé su malicia o el temor de que «si sobra alguna papeleta todas se considerarán faltas» basta para detener estos intentos de falsificación.

Pero, sin embargo, el método de las papeletas se presta a inexactitud. Nunca falta algún distraído que salga de clase sin entregar su papeleta, y puede ocurrir que los Ayudantes pierdan alguna de las hojas multiformes que les entregan, e incluso que el grupo de las papeletas todas se extravíen, si no se traslada inmediatamente a una lista escrita la relación de asistencias de aquella determinada clase. No hay que olvidar tampoco que este sistema da lugar con frecuencia a confusión y bullicio al escribir, pedirse papel unos a otros y prestarse lápiz o pluma, además del probable desorden en el momento de entregarlas.

Por último otro inconveniente del método de papeletas es el de que requieren la tarea posterior de clasificarlas por orden alfabético después de haber sido recogidas (si las listas estuviesen por orden de «número de matrículas» sería insuperable prácticamente la dificultad). Esta clasificación posterior supone en muchas ocasiones un trabajo considerable que se puede aliviar, sin embargo, por el empleo de un buen sistema al realizar las clasificaciones alfabéticas,

nos bastará indicar que los grupos establecidos por los bibliotecarios o ficheros comerciales para la clasificación alfabética de autores o corresponsales sólo son útiles para clases de más de 600 alumnos y que el método de establecer tantos grupos como las letras de alfabeto conduce a errores y da lentitud a la operación, ya que un 10 por 100 de los apellidos pueden empezar por «A» mientras que sólo uno cada 3.000 comenzará, quizá, por «Z»; pero estos conocimientos, muy útiles para la clasificación de toda clase de ejercicios escritos, exigirían ser expuestos con mayor amplitud y utilizando conceptos estadísticos de los que aquí deseamos prescindir.

Una variedad del método de papeletas, interesante para las clases poco numerosas, puede ser la de hacer firmar a los alumnos en una gran hoja de papel que se pasan unos a otros sucesivamente; si los apellidos están ordenados siempre en forma alfabética y el papel está impreso o grabado a ciclostille, es éste uno de los métodos más ventajosos por la seguridad, la rapidez y la comodidad para el profesor al mismo tiempo que ejerce un saludable efecto psicológico sobre los alumnos. Es, como se comprende, una variante del sistema de «la firma», clásico ya en las oficinas comerciales o empresas de tamaño pequeño.

MOMENTOS MÁS OPORTUNOS PARA «PASAR LISTA» Y SIGNIFICACIÓN EN ELLOS DE LAS FALTAS DE ASISTENCIA

Cabría distinguir tres modalidades o variantes en cada uno de los métodos que hemos indicado, pues pueden ser muy diferentes la significación de las faltas de asistencia y la utilidad del tiempo dedicado a comprobarlas, según que la tarea de «pasar lista» se realice al principio, al final o hacia la mitad del tiempo destinado a dar la clase.

No conviene olvidar la posibilidad de pasar lista en la mitad de la explicación, como un descanso entre dos partes o capítulos con que pueda ésta dividirse. Dicho sistema exige, como condición previa indispensable, que esa interrupción no lleve consigo una exagerada relajación de la disciplina, así como que no suponga un corte, en el hilo el de las explicaciones, capaz de crear dificultades para la comprensión de lo que se exponga en la segunda

parte de la disertación. En clases de más de una hora puede disminuirse considerablemente la fatiga de los alumnos con este cambio de actividades, especialmente si se sigue el método de papeletas o el de listas orales confeccionadas por orden alfabético, según hemos indicado ya. Para los casos en que se tolere la entrada a las aulas de los alumnos que llegan con muy pocos minutos de retraso, esta necesidad de pasar lista interrumpiendo las explicaciones presenta, además, la ventaja de que evita el catedrático la tarea de volver a buscar y repasar la lista con el fin de anotar la asistencia a éstos levemente impuntuables; claro está que esta circunstancia se convierte en grave inconveniente si la Cátedra desea vigilar y estimular la virtud de la puntualidad con todo rigor.

Si se adopta como norma no abrir las puertas del aula desde que el profesor inicie la explicación, claro está que es indiferente, para vigilar la puntualidad, que se comprueben las asistencias en cualquier momento. Sin embargo, cuando se pasa lista al final en las clases numerosas, existe un ambiente propicio al bullicio e indisciplina, especialmente si se adopta el método de recogida de papeletas. Por otra parte, éste ofrece más garantías de exactitud con el procedimiento de hacer salir a los alumnos uno por uno, de modo que la pérdida de tiempo que ello implica puede aceptarse, máxime si es a costa del descanso concedido entre dos clases.

Cuando las costumbres académicas lo admitan puede ser muy práctico entrar en clase antes de la hora de explicación, en el tiempo reservado a descanso entre dos clases, y permitir hablar en voz baja a los alumnos mientras se recogen las papeletas o se lee la lista alfabética en alta voz, contestando los interesados con intensidad suficiente para dominar el murmullo general.

Pero, a nuestro juicio, estos criterios de disminuir la fatiga del alumno y mantener la disciplina de la clase son solamente secundarios. Lo fundamental para decidir si conviene comprobar las asistencias al principio o al final de la explicación es un análisis de la finalidad o finalidades que cada profesor persiga al pasar lista.

Es frecuente que los Catedráticos o Ayudantes comprueben concienzudamente las asistencias sin haberse detenido a meditar jamás cuál es el objetivo o «constelación de objetivos» que persiguen al

realizar esta larga y molesta tarea. Los lectores que por alguno de los párrafos precedentes se hayan convencido de que la Organización Científica de la fase de «Ejecución material» de este trabajo de «pasar lista», puede simplificarles mucho dicha labor, sin duda comprenderán, en las líneas que siguen, que el análisis reflexivo, propio de la fase de «Planeamiento» del trabajo, puede serles todavía más útil.

Vamos a enumerar hasta seis finalidades diferentes. Lo importante en tal enumeración es, naturalmente, que queden comprendidos todos los criterios que cabe imaginar, pero esto no puede lograrse con cualquier clasificación de tipo disyuntivo y excluyente. Hemos ido subdividiendo, también en forma dicotónica, estos dos primeros grupos hasta formar un total de seis posibles finalidades que, a nuestro juicio, se adaptan satisfactoriamente a las necesidades prácticas.

Los dos primeros términos de esta clasificación (finalidades «A» y «B») suponen que el Catedrático relaciona la asistencia a clases con el conocimiento que el alumno adquiere de la asignatura, distinguiéndose estas hipótesis según que el Catedrático opine que todos y cada uno de los que asisten a una clase conocen «efectiva y objetivamente» determinada parte de la asignatura o, por el contrario, tan sólo presume que los alumnos asistentes creen de buena fe conocerla, siendo tan sólo «potencial y subjetivo» el aprovechamiento que se atribuye a los asistentes.

Hay ciertos casos de la realidad que responden fielmente a esa hipótesis «A», esto es, casos en los que puede juzgarse el grado de aprovechamiento del alumno sin necesidad de atender más que a su asistencia o «no asistencia» a determinadas clases. Piénsese, por ejemplo, en ciertas lecciones que requieren casi exclusivamente un esfuerzo de tipo memorístico y admítase qué estudiante obra con el convencimiento de que, si entra en esa clase, será calificado por lo que de estas lecciones sepa o ignore; tanta mayor relación cabe suponer entre «asistencia» y aprovechamiento» cuanto más se insista en la influencia de la calificación obtenida—especialmente las desfavorables—para determinar la calificación final y definitiva del curso y cuanto mayor sea la probabilidad de que los asistentes sean inevitablemente preguntados. Esto tiene especial aplicación, por tanto, en ciertas Clases Prácticas y en Exá-

menes parciales, de tal modo que la mera asistencia a ellos puede, en ciertos casos, considerarse como una nota ligeramente favorable, aun cuando la contestación que dé el alumno a una concreta pregunta sea francamente mala. Siempre existirán, sin embargo, casos excepcionales en que, por condiciones de temperamento o carácter, algunos audaces o petulantes y otros tímidos o desconfiados asisten a examen siendo ignorantes o, por el contrario, no se atreven a presentarse aunque estén bien preparados.

También, en asignaturas que exijan clara inteligencia y seguro raciocinio, la lista de asistencias puede ser muy significativa en relación con el aprovechamiento de los alumnos, pero nos puede indicar únicamente que los presentes al pasar la lista «han estudiado» y «creen haber entendido la lección», o sea, la finalidad que hemos designado con la letra «B». Esto tiene particular aplicación en las Cátedras que adoptan el sistema pedagógico de, una vez establecido un libro de texto, limitarse a glosarlo y completar lo con ocasión de la explicación que haga de cada pregunta del programa uno de los alumnos; naturalmente es necesario, para que la mera asistencia sea significativa, que una mala actuación del que es preguntado pese mucho sobre el examen final de curso, y que sólo se anoten las asistencias de los que «corrieron grave riesgo de ser preguntados» por el mero hecho de indicar su presencia en el aula (por ello no conviene, en estos casos, pasar lista a un número de alumnos cinco o seis veces superior al de los que sea posible preguntar en una clase).

Podemos considerar, además de estas hipótesis «A» y «B», otra en que la asistencia a clase sea un dato que interesa registrar, a pesar de que no influye para nada en la calificación favorable o desfavorable del examen final de curso de cada alumno. Aquí entran, por ejemplo, los casos en que el tribunal que juzga sobre la preparación y aprovechamiento efectivo del alumno está formado por profesores de otros centros docentes y que para nada conocen a quienes explicaron las asignaturas (exámenes de Reválida, o «para premios» entre alumnos procedentes del mismo centro escolar) y que únicamente desean conocer la asiduidad en la asistencia a clases para, a la vista del programa decidir sobre qué lecciones del mismo conviene insistir al examinar a cada determinado alumno. Esta orientación puede ser muy útil en los exámenes orales,

pues conocido el contenido y la forma de las explicaciones del profesor al que escuchó, se puede perfeccionar el criterio para escoger lo que a cada uno debe preguntarse y en qué forma: sabiendo lo que escuchó y como ha reaccionado puede conjeturarse su capacidad intelectual y su voluntad de trabajo. Puede parecer un tanto extraña esta postura de admitir que puede asistir un alumno a clase asiduamente y no haber, con ello, asimilado nada de lo que oyó explicar, pero la experiencia enseña que no son raros los alumnos que asisten a clase «por inercia» y sólo atienden «a ratos» a lo que que el Catedrático explica; más aún: hemos comprobado durante varios años que ni siquiera el criterio de examinar y calificar los apuntes personales tomados sobre las explicaciones de Cátedra es, por sí solo, un sistema definitivo y suficiente para juzgar del aprovechamiento de un alumno.

Pero sea cual sea la postura que se adopte respecto a la relación (mejor diríamos «correlación») entre «asistentes» y «alumnos que asimilaron», lo que es innegable es que se debe pasar lista antes de formular las preguntas que habrán de contestar por escrito los alumnos todos—o bien antes de indicar a quiénes de los presentes se harán preguntas orales—, en el caso de que se deseen relacionar la asistencia y el aprovechamiento, esto es, cuando se persigan las finalidades «A» o «B». En cambio, aquellos profesores que solamente deseen alcanzar la finalidad «C» pueden pasar lista al final o en medio de las clases.

LA VIGILANCIA DE LAS ASISTENCIAS CON FINES INDEPENDIENTES DE TODA COMPROBACIÓN DE LA INSTRUCCIÓN DE CADA ALUMNO

En la finalidad «C» admitíamos ya que la asistencia a clases puede ser totalmente independiente del grado de conocimiento asimilado por el alumno, pero todavía considerábamos ésta un dato interesante para, en el momento del examen, realizar la comprobación de su grado de instrucción de una u otra forma. Las tres finalidades que nos quedan por señalar se caracterizan por prescindir de toda aplicación de la comprobación de asistencias como instrumento, directo o indirecto, para juzgar si ha asimilado o no la asignatura.

Personalmente opinamos que la Universidad no debe ni puede limitarse a una mera información y dudamos también de que la labor formativa pueda quedar relegada exclusivamente a los Colegios Mayores. Y uno de los aspectos que más han de cuidarse en la formación de los universitarios españoles son los hábitos de puntualidad y asiduidad para el trabajo, ya que hay muchos españoles que, por temperamento, son poco inclinados a estas virtudes. En las profesiones médica, militar, diplomática, de asesoramiento económico o de ingeniería es la puntualidad y asiduidad un importante elemento de la formación profesional, y por ello nada tiene de extraño que en algunos Centros superiores que facilitan estas enseñanzas se realice la preparación en edificios con recinto cerrado, tal como se hace en los Centros de Enseñanza Media o Elemental; este sistema permite comprobar la asistencia de todos los alumnos a cada una de las explicaciones sin más que pasar lista una o dos veces al día y vigilar los pasillos, bar y refugios que pueden acoger a los que huyan de las clases; supone, por tanto, reducir a la tercera o cuarta parte el tiempo empleado para esta tarea mecánica.

Pero, prescindiendo de si se trata de una necesidad en la formación profesional o de un criterio amplio sobre la misión de la Universidad en la formación de la juventud, lo cierto es que existen profesores que, de hecho, vigilan la asistencia de cada alumno a las clases, con la finalidad de estimular su puntualidad y asiduidad en el trabajo, prescindiendo en absoluto de si han asimilado o desconocen la asignatura. A esta finalidad la designaremos «D» y, aunque no es frecuente que se persiga única y aisladamente, no es raro que ocupe un lugar importante en la «constelación de finalidades» que mueven a comprobar las asistencias. No hay que decir que en estos casos es imprescindible cerrar las puertas del aula a una hora determinada y que, esto supuesto, es indiferente que se pasase la lista al principio, al medio o al fin de la clase.

La finalidad «E» tiene este mismo matiz educativo de virtudes morales, pero con una preocupación ya únicamente colectivista, que atiende a «los fenómenos de masa» y prescinde de la conducta de cada concreto individuo: se trata de vencer la pereza y afán de diversión, propios de los estudiantes, o estimularles más

en particular a trabajar en determinada asignatura árida y difícil por naturaleza. Esto tendría especial importancia en los primeros cursos de la Universidad, que ofrecen conocimientos preliminares y de poca aplicación directa a muchachos que pasaron bruscamente de la rigurosa vigilancia del colegio a la plena libertad de asistencia que rige en muchos Centros españoles de Estudios Superiores.

Cuando se persiga únicamente esta finalidad «E», aparece, con claridad, que es justo recoger papeletas de asistencia con toda rigurosidad y dando la impresión de que tendrá la asistencia importancia decisiva para los alumnos y que luego se rompan en casa las papeletas sin molestarse en ver qué nombres hay en ellas escritos.

También pueden romperse las papeletas de asistencia sin molestarse en leerlas en el caso de que se persiga la finalidad «F», esto es, tener un número índice de la claridad, sentido práctico, amenidad y profundidad que presentan las explicaciones de los Catedráticos o Ayudantes. Puede, en este caso, aparentarse una gran minuciosidad a fin de que nadie deje de hacer papeleta o alguno presente varias; pero lo único importante es, en realidad, contar el número de papeletas recogidas antes de romperlas: interesa saber «cuántos» y no «quiénes» asistieron a clase.

Hay que saber interpretar cuidadosamente este «índice». El hecho de que los estudiantes acudan en número mucho mayor (o mucho menor) a determinada asignatura que a las restantes del curso puede obedecer a la dificultad inherente por naturaleza a esa materia, a que es imprescindible su aprobación para matricularse en cursos posteriores o a otras circunstancias también ajenas a la habilidad pedagógica del Catedrático; pero, en cualquiera de los casos, el profesor que desee seguir un plan racional en la enseñanza de su asignatura debe conocer la aptitud de los alumnos respecto a las otras asignaturas que «compiten con la suya para llevarse el tiempo que a estudiar dedican los alumnos». También puede ser significativo el hecho de que, a lo largo del año, aumente o disminuya notablemente el número de asistentes, en particular cuando son distintos los profesores que explican unas y otras partes de la Asignatura; pero este índice puede venir deformado por circunstancias accidentales, como son la frialdad o

pluviosidad del clima, o la proximidad de exámenes o vacaciones.

La complejidad de las condiciones que influyen sobre el hecho de la asistencia de un mayor o menor número de alumnos da lugar a que su análisis estadístico sea tan dificultoso como atrayente; es posible que una afición más o menos subconsciente hacia los métodos inductivo-estadísticos lleve a algunos a realizar un minucioso registro del número de las asistencias. Pero esta finalidad, así como la ostentación y prestigio o cualesquiera otras que persiga el Catedrático por motivos personales y totalmente ajenos a la instrucción o educación del alumno, las englobaremos también en este grupo «F» que abarca principalmente a la vigilancia y eficacia pedagógica de los Catedráticos mismos.

En la práctica no convendrá llevar un registro minucioso del número exacto de asistentes, ya que basta tener una idea aproximada de si han aumentado o disminuido sensiblemente. Para ello nada mejor que anotar durante las primeras semanas del curso cuál es el número de bancos del aula (apreciando hasta la «mitad del banco», si fuesen muy grandes) que llenan los alumnos; y cuando, en los meses siguientes, se observe que una tercera o cuarta parte de esos bancos antes ocupados aparecen vacíos se debe, con diplomacia, investigar la causa de esa alteración. También, con mucho tacto y en conversaciones confidenciales en los pasillos, pueden los Ayudantes averiguar los motivos de un aumento de asistencias superior en un tercio a las habituales en las primeras semanas; pero este caso es rarísimo por no decir imposible.

En estas finalidades «E» y «F» son evidentes los criterios que han de adoptarse respecto a pasar la lista al principio, al medio o al fin de las explicaciones de clase.

Con dichas finalidades «E» y «F» hemos tenido ocasión de indicar una de las ventajas más señaladas del método de recoger papeletas, que es la de hacer creer al alumno que se realiza una comprobación mucho más minuciosa de la que en realidad tiene lugar. Pero esta ventaja tiene también aplicación en los casos en que se persiguen cualquiera o todas las otras finalidades, esto es, las que hemos designado «A», «B», «C» y «D». Hubiera valido la pena de desarrollar algunas observaciones sobre estas «finalidades de la vigilancia de asistencias que son independientes de toda comprobación de la instrucción de un alumno concreto» aunque no

fuese más que con el propósito de mostrar que no puede afirmarse dogmática y universalistamente que «es poco universitario pasar lista en clase», ni tampoco generalizar injustificadamente diciendo que «hay profesores tan desidiosos que ni siquiera se molestan en pasar lista». Pero, de hecho, lo más importante que hemos conseguido es establecer claramente, en los casos «E» y «F», el principio de que hay algunas ocasiones en que es justo recoger papeletas de asistencia con la intención premeditada de romperlas sin haberlas leído.

Cosa equivalente es, en realidad, el sistema que siguen bastantes profesores que cuentan con más de sesenta alumnos matriculados y, por ello, pasan solamente lista de vez en cuando—o bien, leen cada día solamente una parte de la lista—, ya que los asistentes que no son mencionados no disfrutan de las ventajas que corresponden a aquellos cuya asistencia queda registrada. Hemos de reconocer que algunos profesores adoptan este sistema de «pasar sólo parcialmente las listas» considerándolo una triste necesidad, pero, aunque no lo sepan, en realidad constituye el sistema más racional y científico de «controlar» las asistencias en clases numerosas, pues están fundados en los métodos estadísticos de comprobación de calidad por muestreo. En el próximo epígrafe explicaremos, de una manera asequible a quien no haya oído hablar de la Estadística, el fundamento lógico de estos métodos: más adelante indicaremos el planteamiento del problema en términos de Teoría de Muestras; pero, en otro posterior epígrafe, reuniremos las conclusiones prácticas de ese análisis en forma que no requiera ningún conocimiento de Estadística.

DR. IGNACIO DE CUADRA ECHAIDE.
Profesor A. en la Universidad de Madrid.